

La Ilustración Artística

Año XXXIV

BARCELONA 22 DE MARZO DE 1915

Núm. 1.734

COLECCIÓN DE CUADROS QUE REPRESENTAN LOS JUEGOS PINTADOS POR D. JOSÉ LLANECES
CON DESTINO AL JOCKEY CLUB DE BUENOS AIRES



JUEGO DE DADOS, cuadro de José Llaneces. (De fotografía de nuestro reportero en Madrid J. Vidal.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Los pasos de la esfinge*, por Humberto Rivas. — *Cuadros de J. Llaneces*. — *La guerra europea*. — *SS. MM. los Reyes D. Alfonso XIII y D.^a Victoria en Sevilla*. — *La Niania* (novela ilustrada; continuación). — *Descubrimiento de una necrópolis pagana en Rasa di Velate (Italia)*. — *Libros enviados a esta Redacción*. — *Melilla. La Jura de Banderas*.

Grabados. — *Colección de cuadros que representan los juegos pintados por José Llaneces con destino al Jockey Club de Buenos Aires*. — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración al cuento *Los pasos de la esfinge*. — *La guerra europea. Los generales Joffre y Manoury regresando de visitar las trincheras*. — *Caid moro y capellán castrense que se encaminan a la línea de combate para ejercer su sagrado ministerio*. — *Llegada al Cairo de un tren que conduce las tropas austríacas vencedoras de los turcos en Egipto*. — *Llegada al Cairo de un convoy de prisioneros turcos*. — *SS. MM. los Reyes D. Alfonso XIII y D.^a Victoria en Sevilla* (cinco fotografías). — *El Dr. Vitaliano Tonta. Descubrimiento de una necrópolis pagana en Rasa di Velate*. — *Melilla. La Jura de Banderas*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Este año son tales y de tal magnitud las catástrofes y fieros males que dondequiera acaecen, que ya no se les da importancia ninguna.

¿Sesenta mil hombres hechos cisco? Bueno. ¿Veinte ciudades asoladas por un terremoto? Caramba, vaya por Dios. ¿Quince enormes barcos a pique? ¡Qué le haremos!

Así es que si un tren es aplastado por un derrumbamiento de tierras, y bajo sus astillados vagones perecen veinte o treinta seres humanos y salen mechados otros veinte, casi no nos parece cosa digna de parar en ella la consideración.

¿Qué significa semejante calamidad, al lado de las legiones de hambrientos, las zonas de incendios, la sangre enrojeciendo literalmente los ríos, y el frío dejando sin manos ni pies a miles de hombres jóvenes y fuertes?

¡Y sin embargo, cuánto horror en el trágico descarrilamiento de Frieira y Filgueira!

La tierra, empapada de agua por las tercas lluvias, al estremecerla el paso del tren, oscila y se viene abajo, como un alud, y la máquina, arrastrada por su propia velocidad, gatea por el montón de piedra y terrones, llevándose al convoy entero, y montando como furiosos dragones, los coches, unos sobre otros.

Informe hacinamiento de madera, hierro y acero, encierra en su entrada a unos cuantos infelices, los menos desdichados, muertos del primer golpe, y otros, vivos o semivivos, asaeteados por largas astillas que penetran en sus carnes, sin poder valerse, en la suprema angustia de la impotencia, ignorando lo que ha sido de los suyos...

Todos los que me han hablado de catástrofes ferroviarias expresaron igual terror, un sentimiento como de espanto frío, ante la brutalidad de la materia, esa ley de gravedad que es la mayor de las fatalidades físicas.

Nunca advierte el hombre su pequeñez como en casos tales.

Débil, inerme, «caña que piensa», como dijo el filósofo, al contacto de lo inerte cae hecho añicos... ¡Pobre humanidad!

¡Y, tan débil como es, sólo piensa en destrozarse!

* *

En ese tren pulverizado o poco menos, viajaba una compañía de zarzuela, que iba a actuar en un pueblo no muy grande.

En la localidad, es una racha alegre la llegada de la compañía. Las señoritas preparan sus trapos de cristianar; los hombres limpian los gemelos para mejor detallar los encantos de las actrices.

Se discute el elenco, se discute el repertorio, se discute el género, se preocupan los ánimos, por un instante, con algo que no es el alza de los trigos ni las candidaturas de diputados provinciales.

Hay su poco de afán artístico, y si la compañía, como esta vez, es lírica, hay aficionados que se preparan a oír *Las golondrinas* o *Maruxa*, las novedades, en fin.

Por su parte, el empresario calcula. ¿Cuántos llenos, cuántos? Tal vez hablan de eso en el mismo vagón, entre el humo del cigarro de los varones y las risas de las señoras, que comentan el olvido de un saco en la última fonda, lo caro de la cuenta, un abuso...

Y de súbito, el crujido, el estallar bárbaro de maderas y metales, los gritos, los ayes, el fragor de la caída...

La suerte se ensañó más con la mísera compañía, que con los restantes viajeros. El carro de la farán-

dula, el auto de las Cortes de la Muerte, confirman su sentido macabro...

* *

Esto y el barco fantasma de Alicante (y mejor se dijera barco-infierno), han sido las notas terroríficas de esta quincena.

La civilización es cosa óptima, quién lo duda, pero todos sus medios de acción llevan envueltos peligros sin número, y las guerras, por el mismo adelante de las civilizaciones, son mil veces más horribles en su estrago.

Hay sin embargo que hacerle justicia a la ciencia, en el terreno importantísimo de la higiene. Con toda la sangre vertida; con todas las condiciones funestas de los campamentos, y todos los heridos y mal curados, aun, que sepamos, no se ha desarrollado la peste. El equilibrio sanitario persiste.

Se habla mucho de subsistencias, se teme que falte pan...; pero, a pesar de los contingentes indios, del lado oriental, ni la bubónica o *malalandre*, que tales destrozos hizo en Barcelona en el primer tercio del pasado siglo, ni el cólera morbo, ni siquiera la insidiosa disenteria militar han asomado, que sepamos (por ahora, y en buen hora se diga, pues era lo que faltaba, y para esto no valen neutralidades).

Algo es algo. Malo será que falte trigo o centeno: la peste es sin duda lo peor.

Y sólo la desinfección y la asepsia, esos dos mágicos procedimientos, gloriosa conquista de nuestra edad, han podido realizar el milagro.

* *

En Francia se ha adoptado una medida que es muy contraria al espíritu de aquella nación, de lo cual deduzco que urgentes necesidades la habrán dictado.

Ese país, que ha tenido siempre el mayor empeño en atraer a los extranjeros, a los turistas, a la población flotante, vuelve a poner en vigor los arcaicos pasaportes...

Esto de pasaportes evoca recuerdos de novelas románticas y sillars de posta, con muchos cascabeles. Sólo que, como en algo ha de conocerse el progreso, hoy los pasaportes tienen que ir acompañados de una fotografía del titular, timbrada por el comisario de policía.

El pasaporte es una cosa que ahora se llama «*permis de séjour*» y el que no lo tenga, será desde luego sospechoso de espionaje.

Claro es que las tranquilas desalientan a los viajeros.

Yo, verbigracia, deseaba irme a París unos días, para combatir el abatimiento que llevan en pos los sucesos tristes, no con las diversiones, que ni busco ni hay en el momento presente, sino con el estudio de la fisonomía de la gran capital en estos momentos, habiendo podido apreciarla en otros muy interesantes, poco después del «desastre». Pero tanta precaución dice a las claras que siempre le pueden tomar a uno por lo que no es, y darle un rato negro...

* *

En cambio, insisto en ello, la salud no corre riesgo en los países beligerantes.

En Francia, por lo menos, no sólo no hay incremento de enfermedades, sino que en los hospitales de París ha disminuido el número de enfermos con relación a otros años. Ello parecerá extraño, pues hasta de pena cabría enfermar, a estas alturas; y sin embargo, es cierto, según el relato del profesor Chantemesse, de la Academia de Medicina.

Dice este doctor que ha menguado la mortalidad de las madres jóvenes, de los niños de pecho, y que se registraron menos casos de criaturas que nacen muertas y hasta de criaturas abandonadas. Y yo me acuerdo de Tolstoy, que achacaba muchos males de Francia a la importancia excesiva concedida a la cuestión amorosa. ¿No será que este año se piensa menos, preocupa menos el goce y la emoción amorosa, y hay otra preocupación dominante, más sana, más fuerte?

Otro doctor, director de la Higiene y la Asistencia públicas, afirma a su vez que las enfermedades contagiosas están disminuyendo. La viruela, que en 1870 hizo en el ejército tantas víctimas, casi ha desaparecido. Otro tanto pasa con la difteria, gracias al suero del Instituto Pasteur. La neumonía ha sido muy benigna. Y la meningitis cerebro-espinal, propia del ejército, se ha combatido con éxito feliz, sin que se haya propagado a la población civil.

El Instituto Pasteur está preparando la defensa contra el cólera, que supone emboscado en el teatro

oriental de la guerra, en acecho para salir extendiendo su garra amarilla cuando llegue el calor. Se hace gran provisión de vacuna anticolérica, y se extreman las vigilancias para el aislamiento. En cuanto al tífus, o fiebre tifoidea, también parece más benigna desde la guerra acá.

La vacuna antitífica que hoy se emplea puede haber contribuido a este resultado. La guerra actual ha sido la piedra de toque del valor de este descubrimiento. Los franceses se enorgullecen de él y aseguran que los alemanes se lo han fusilado. ¡Hasta a los descubrimientos fusilan!, diría mi amigo el francófilo Alvaro Alcalá Galiano, que acaba de publicar un folleto muy curioso acerca de la cuestión palpitante...

Y el doctor francés se apresura a añadir que Inglaterra ha comprendido mejor que Francia esta cuestión de la vacuna antitífica; que sólo un soldado inglés vacunado ha muerto de tífus en toda la campaña, y que la vacuna empleada por los ingleses, y que se llama *vacuna calentada*, es mejor que el procedimiento análogo francés.

Apuntémosle pues a la ciencia un buen tanto, y hasta otro a la guerra, porque desarrolló en el espíritu público una fe creciente en el empleo de preservativos e inoculaciones, así como sus exhortaciones y enseñanzas ayudaron a desterrar en grandes proporciones el alcoholismo, origen de tantas enfermedades, y destrucción segura de la patria, dice el ilustre médico.

Más confianza que las vacunas, y la ciencia me lo perdona, tengo en esa supresión. El alcohol es el enemigo malo. La mayoría de los crímenes se cometen bajo el influjo del alcohol. Esto será una moral vulgar, rutinaria, trillada; pero tan cierta, que no conviene cesar de inculcarla.

No sólo el alcoholismo como vicio, sino el alcohol como entretenimiento, hay que proscribir. Sin ser borracho, se puede incidir en abuso de alcohol, por afición a esos licorcitos gratos, crema de café, anisados diferentes, chartreuse, coñac, que acompañan al café y hacen ruidosas las sobremesas, agrias las disputas. Porque el alcohol, cuya acción sobre el sistema nervioso nadie podrá poner en duda, alborota, y lo que parece animación, es en realidad excitación malsana.

Pero ¿quién censura este gusto, este goce bonachón de la copa, de las copas mejor dicho, pues rara vez hay límite? Y no sobreviene nada que se parezca a la vulgar pítima; no por cierto. Ningún trastorno visible acarrea el licor; todo se reduce a un poco de charla más o menos vibrante, entre comensales, o en las mesas de los clubs y cafés. Pero, en las venas y en las arterias, la sangre comienza a irregularizar su curso, la red se pone cristalina, perdiendo su elasticidad. Una vena de la sien se hincha. Un día, la arterioesclerosis se declara...

¡No bebamos más que agua, y en el verano, limonada, grosella!...

* *

La naranja, la poma de oro de las Hespérides, este año anda por los suelos.

En el Mercado de la Cebada, he visto montones de seras, de las cuales rebosaba el fruto, ofrecido a precios increíbles.

No hay exportación y agoniza esta bella industria, tan poética. El pueblo bajo de Madrid, en vista de las circunstancias, se dió a comer naranjas, y las calles se alfombraron de cáscaras, que los barrenderos no se dieron prisa alguna a recoger.

Y cuenta que no hay nada tan peligroso como una cáscara de naranja en plena vía pública. Resbalón, y pierna rota.

¡Y vean ustedes cómo la guerra influye en todo! Va a desterrarse, por la guerra, una de las modas más dañinas, la de los cuellos almidonados, causa de congestiones a la cabeza y de furúnculos.

No quieren los alemanes que se gaste una forma del trigo, el almidón, en una fruslería como ésa, y hacen bien, pues era un suplicio el tal cuello tieso y duro.

Además, ¡qué antiestético! ¿Por qué no tendrían los hombres un rasgo de elegancia, y sustituirían el almidón con el encaje, tan bonito, fino y aristocrático?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LOS PASOS DE LA ESFINGE, POR HUMBERTO RIVAS, dibujo de Mas y Fondevila



Una mujer sentada a su lado medita, con un hatillo en una mano y con la cabeza apoyada en la otra

Un rincón solitario y silencioso de una vieja ciudad: Toledo, Avila o Segovia. El suelo está sembrado de plantas silvestres. Es en el campo. Las hierbas, copiosas y altas, trepan por un muro y se enroscan a los árboles corpulentos y centenarios.

Un ciego duerme junto al muro. Una mujer sentada a su lado medita, con un hatillo en una mano y con la cabeza apoyada en la otra.

Avanza el crepúsculo. A lo lejos se descubre un caserío. De vez en cuando, parpadean en el caserío unas luces tenues que se encienden a medida que va llegando la noche.

Un perro avizora la lejanía, acurrucado cerca del viejo.

LA MUJER (*quejumbrosamente*). — La noche... Como se apaga la luz en las cumbres, así se apaga la luz en nuestras pobres almas. Las sombras envuelven la llanura y nuestras almas se llenan de sombras. Triste crepúsculo el nuestro, sin aurora, sin perfumes y sin pájaros cantores. Triste soledad la nuestra, más triste y más lóbrega que la soledad de una tumba.

(Silencio. La mujer levanta los ojos humildes al cielo, en un gesto de imprecación y de tristeza. Dos lágrimas corren por los hondos surcos de su cara doliente. Después de una breve pausa:)

»Si cada estrella es un fulgor de la bondad divina, ¿por qué ha de haber espíritus que sufran? Si

existe Dios, ¿por qué no son más blandos y suaves los caminos de la tierra? ¡Oh, manto inmenso y densísimo de la noche!.. ¿Qué terrible misterio se oculta bajo tu negra superficie? Si hay destellos de un mundo más bello y más puro que éste, ¿por qué no iluminan nuestros pasos? Y si hay sombras profundas y eternas, ¿qué esperamos y para qué vivimos? (Otra pausa más larga. El aire mueve los árboles y de sus hojas sale un lento murmullo.)

»El cielo impasible es sordo a nuestras angustias y no llegan hasta él los latidos de nuestro corazón. ¿No ha de haber un relámpago que descubra el enigma? ¿Siempre hemos de caminar a ciegas por el mismo sendero azaroso? Las espinas hieren nuestros

pies y se quedan sin sangre nuestras venas. En todas partes nos anega el dolor.

(La mujer calla para llorar silenciosamente. El ciego sueña en voz alta. Las palabras que dice tienen el temblor inquietante de una pesadilla.)

EL CIEGO (*soñando*). — Hay alguien en la sombra. Un presentimiento extraño me anuncia que no estamos solos. Alguien se acerca. Alguien se oculta entre las tinieblas y nos espía furtivamente.

LA MUJER (*con lástima*). — Sueña. Ni en el dulce regazo del sueño encuentra reposo. ¡Pobre vida mía atormentada y doliente!

UNA VOZ MUY LEJANA:

Nunca sabrás, errante peregrino, dónde la ruta está de tu destino. Ciego, has de perderte en el camino.

LA MUJER (*mirando a lo largo del campo*). — La canción melancólica de ese caminante lo despertará. ¡Que duerma! Sus ojos no han de descubrir nunca la inefable fontana del bálsamo que da la dicha.

EL CIEGO (*despertándose, se incorpora, y mira alrededor suyo con inquietud*). — ¿Qué voz es esa? ¿Quién me ha despertado?

LA MUJER. — Un caminante que va cantando para alegrar el camino. La soledad nocturna es medrosa, y la noche negra como fauce de lobo.

EL CIEGO. — No es voz de este mundo la que yo escuché.

LA MUJER. — No hay más mundo que el que ha de recoger nuestras deleznable cenizas cuando nos llegue la hora suprema. ¡Cuitado ha sido tu sueño!

EL CIEGO. — Calla... ¿Se ha perdido la voz?

LA MUJER. — Como se perderán nuestras vidas en la negrura de la eterna noche.

EL CIEGO. — No se perderán. Cada estrella que brilla en el cielo es un alma redimida. Nuestras almas abrirán también sus alas y volarán muy alto, muy alto, hasta que lleguen a las regiones resplandecientes. La tierra que pisamos es la cárcel que las aprisiona.

LA MUJER. — Todo acaba en la muerte.

EL CIEGO. — La muerte es la escala misteriosa que ha de sostener nuestros pies. Existe una verdad más duradera y alegre que la verdad efímera de nuestras existencias.

(El ciego sonríe, y parece que ven algo sus ojos sin luz. Se oye un rumor de frondas sacudidas por el aire.)

«Alguien nos escucha. ¿Quién se acerca?»

LA MUJER. — Solitario está el camino. Nadie ha de venir a socorrernos. ¡Día inhospitalario y cruel!

EL CIEGO. — Cercano, está el día pródigo y feliz. Al final de nuestra vida una gran ventura nos espera. ¿A ti no te dice nada el destino?

LA MUJER. — Nada leo en sus finos labios de esfinge.

EL CIEGO. — Yo presiento algo que no puede tardar. Lo he visto cuando dormía. He tenido un sueño. Me ha acariciado una inspiración celeste. He visto cómo se desgarraba el firmamento, y en sus frondosos jardines coros de ángeles. ¿No resuena todo en torno nuestro cual un augusto presagio?

LA MUJER. — Sólo se escucha el rumor de las frondas.

EL CIEGO (*extático*). — Es el roce de las alas de los ángeles. Hay algo más de lo que ven tus ojos. Nos sonrío el destino desde su cumbre dorada.

LA MUJER. — El destino de todos es morir.

EL CIEGO. — El destino de cuantas almas peregrin-

nan por el mundo es un Dios alegre y generoso, prometedor y magnánimo.

LA MUJER. — Es una esfinge que extendía con la mirada y que mata cuando toca.

EL CIEGO. — Lleva una corona de lirios blancos.

no caer al suelo). — Alguien llega. ¿Ves a alguien?

LA MUJER. — Dos bultos distingo en la penumbra.

EL CIEGO (*con voz cada vez más débil*). — Ya llegan. ¿Quiénes son? ¿De quién son esos pasos?

(Aparecen dos mendigos. Uno de ellos lleva en las manos un violín viejo. Se detienen un momento y se alejan.)

UN MENDIGO. — ¿Hacia dónde cae el camino real, hermana?

LA MUJER. — Se nos hizo noche en este paraje y no podemos hallarlo. ¡Quién sabe dónde estará!

OTRO MENDIGO. — Nos ahoga la sed y nos rinde el cansancio.

LA MUJER. — Andamos a pedir como vosotros. Estrecha senda es ésta, hermano.

EL CIEGO. — ¿Qué dice?

LA MUJER. — Son pobres del camino de la vida, pobres mendicantes sin asilo y sin ventura. Como nosotros, ¿adónde irán?

(El ciego no contesta. La mujer se acerca a él con inquietud. Sollozando pone sus labios temblorosos en el rostro del ciego, que está yerto y frío. La voz lejana se oye todavía, y su eco se confunde melancólicamente con el plañido del violín de los mendigos que buscan un sendero entre las sombras.)



Juego de damas, cuadro de José Llaneces, destinado al «Jockey Club» de Buenos Aires (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

LA MUJER. — Tiene un torvo mirar de calavera, y en su boca sin dientes andan los gusanos.

(El frío de la noche entumece el cuerpo escuálido del ciego. La mujer tiembla como una hoja en el aire.)

EL CIEGO. — Acércate más. El frío hiela mis carnes. ¿No amanece todavía?

LA MUJER. — Tarde ha de lucir el alba en el horizonte.

EL CIEGO (*con la mente puesta en un ensueño místico y lejano*). — ¡Pronto amanecerá!

(Otra pausa. La mujer solloza. El viejo busca ávidamente el calor de su cuerpo.)

UNA VOZ LEJANA, LEJANA:

Nunca sabrás, errante peregrino, dónde la ruta está de tu destino. Ciego, has de perderte en el camino.

LA MUJER. — ¡Otra vez!

EL CIEGO (*atento al eco de la voz*). — ¿Has oído?

LA MUJER. — Es la voz del caminante que ronda estos lugares.

EL CIEGO. — No entiendo bien sus palabras. ¿Se aproxima o se aleja?

LA MUJER. — A nadie se ve.

(El ciego se apoya servil y aterido en los senos lacios de la mujer. Lentamente, tenuamente llega hasta ellos ruido de pasos.)

EL CIEGO (*con la voz apagada y esforzándose por*

tas, y les ha dado por compañeras unas veces las picarecas y desventuradas mozas de mesón, curtidas en lances de fugaces amores, y otras las peripuestas y coquetas damiselas que eran encanto de los salones.

Llaneces, en esta obra, no se ha limitado a reproducir las figuras de una época pasada y a ofrecérselas en una decoración en que están admirablemente reproducidos también los muebles y accesorios propios de aquella época; sino que, además, nos da todo el carácter y todo el ambiente de aquellos tiempos, presentándonos en grupos de expresión imponderable el modo de ser y de sentir de los personajes que en tales escenas intervienen.

En cuanto a la técnica de estas composiciones, sólo entusiastas alabanzas merece. Dibujadas con intachable corrección todas, tienen, además, una riqueza de color, una armonía de claroscuro, un equilibrio de tonos que demuestran un dominio absoluto de la paleta, al mismo tiempo que un gusto refinado, merced al cual el pintor ha sabido huir de todo efectismo y evitar todo amaneramiento. Estas telas son, en una palabra, otras tantas obras de arte seriamente concebidas y magistralmente ejecutadas.

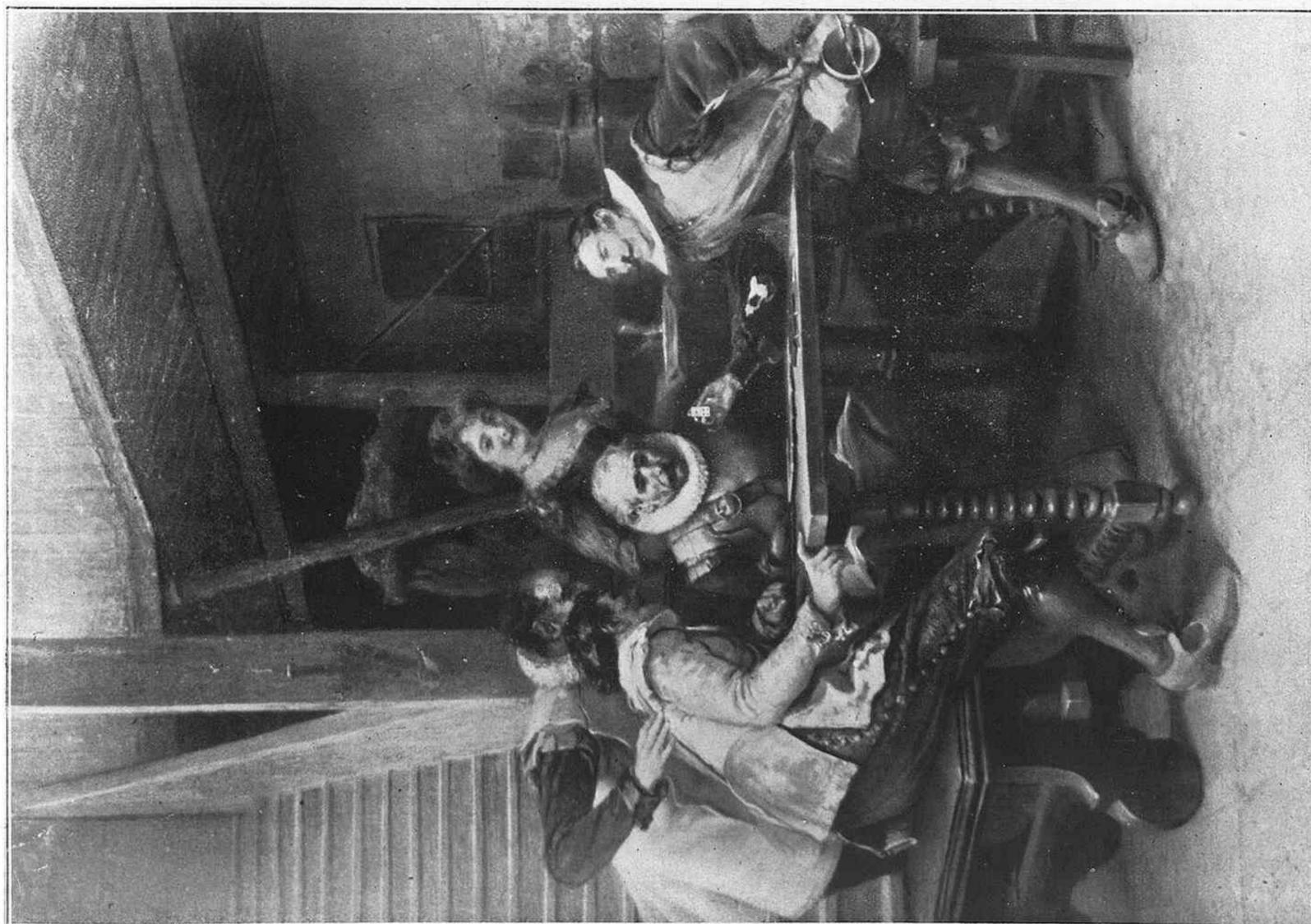
Llaneces cultiva la escultura con el mismo éxito que la pintura; en prueba de ello, véase el hermoso grupo *La Caridad* que reproducimos en el número 1620 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y que modeló el artista con destino a la Caja Municipal de Ahorros de Buenos Aires.

CUADROS DE J. LLANECES

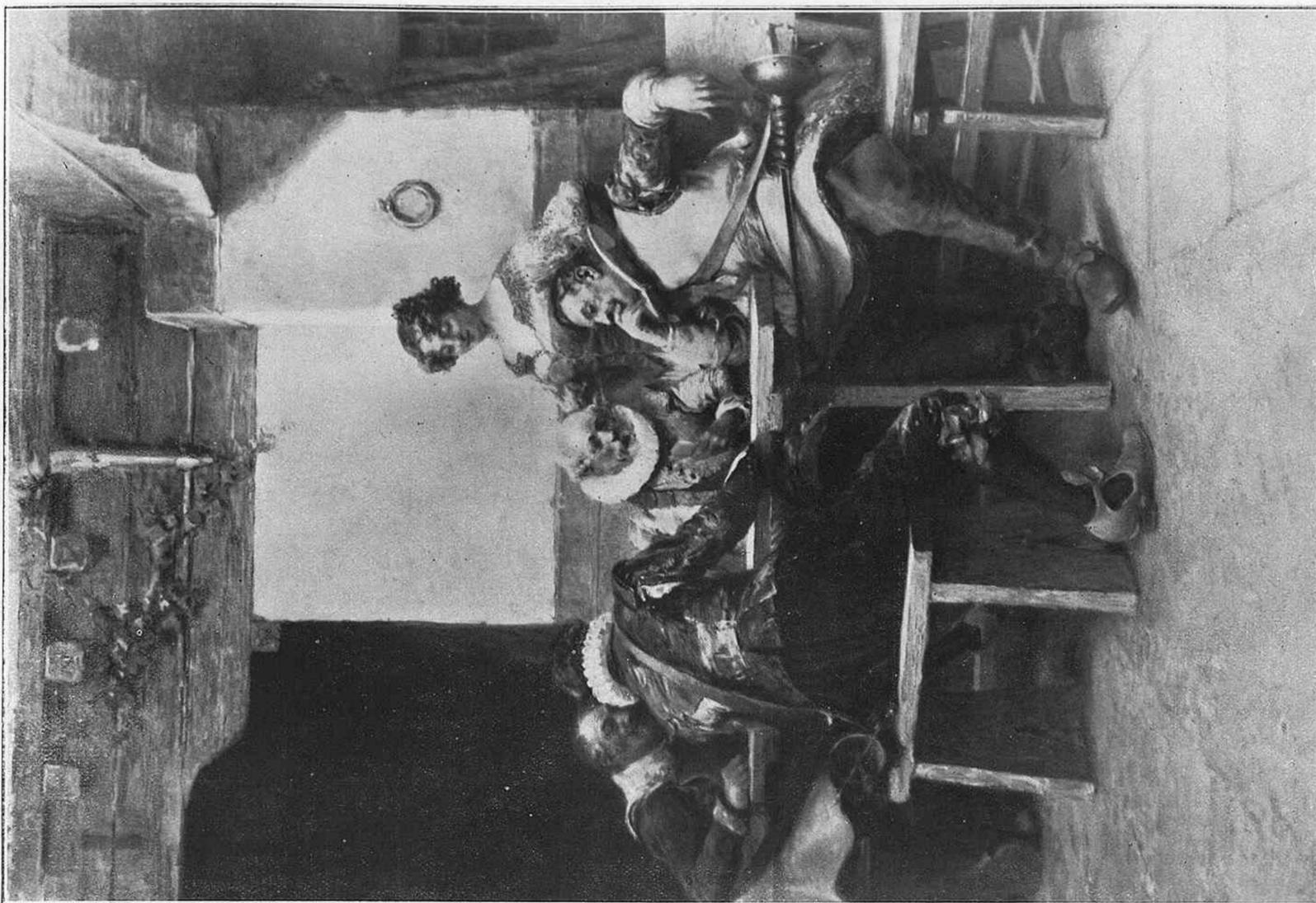
El celebrado pintor y escultor José Llaneces ha terminado recientemente los seis cuadros que reproducimos en ésta y en las páginas 205, 209, 212 y 213, y que ha pintado por encargo del *Jockey Club* de Buenos Aires, uno de los círculos más aristocráticos y más prósperos no sólo de aquella ciudad, sino también de todo el mundo.

Estos cuadros van destinados a la sala de juego de la expresada sociedad, y en ellos ha representado el pintor los juegos de dados, de damas, de dominó, de cartas, de manos y de ajedrez. Para escoger los personajes que en los mismos figuran ha evocado a nuestros soldados del siglo XVII, que en tantas guerras intervinieron y de tantas aventuras amorosas fueron protagonis-

COLECCIÓN DE CUADROS QUE REPRESENTAN LOS JUEGOS PINTADOS POR D. JOSÉ LLANECES CON DESTINO AL JOCKEY CLUB DE BUENOS AIRES



JUEGO DE DOMINÓ, cuadro de José Llaneces



JUEGO DE CARTAS, cuadro de José Llaneces



Los generales Joffre (1) y Manoury (2) regresando de visitar las trincheras. — El general Manoury, jefe del ejército del sector del Oise al Aisne, y el general Villaret, que manda uno de los cuerpos de este ejército, han sido recientemente heridos por una misma bala, mientras inspeccionaban una trinchera de primera línea, a treinta metros del enemigo. (De fotografía de M. Rol.)

LA GUERRA EUROPEA

Contradictorias en alto grado son las noticias oficiales que de los dos teatros de la guerra nos llegan; todos los beligerantes se atribuyen éxitos de mayor o menor importancia, aunque a decir verdad ninguno que merezca señalarse como decisivo ni siquiera relativamente. Ante estas contradicciones, seguimos optando por el sistema que hasta ahora venimos siguiendo de reproducir de los partes de los respectivos cuarteles generales los principales hechos que en ellos se consignan, sin contrastarlos ni comentarlos.

En el teatro de la guerra de Occidente, dicen los aliados: que los ingleses han ocupado, entre el Lys y el canal de La Bassée, el pueblo de Neuve Chapelle y el pueblecito de L'Épinette; que delante del primero han avanzado un kilómetro en un frente de 3.800 metros, en dirección a Aubers, tomando una parte de las líneas alemanas; y que violentamente atacados en Saint Eloi (al Sur de Iprés) hubieron de replegarse momentáneamente, pero en seguida contraatacaron y recuperaron el terreno perdido; que los belgas han rechazado violentos ataques al Sur de Dixmude y realizado algunos progresos en el Iser; y que los franceses han tomado tres trincheras al Norte de Arrás; en la Champaña han rechazado numerosos ataques, han avanzado en las inmediaciones de Perthes y al Nordeste de Mesnil, han recobrado cerca de este último punto algunos metros de trincheras perdidos anteriormente, han tomado varias trincheras enemigas y han ocupado algunas posiciones en el bosque situado entre Souain y Perthes; que en el Argona, entre Four de Paris y Bolante, han tomado las primeras líneas alemanas en una extensión de 200 metros, y que si bien los alemanes consiguieron por un momento recuperarlas; al fin hubieron de abandonarlas definitivamente; en el bosque de La Prêtre han perdido cuatro trincheras avanzadas que los alemanes hicieron volar por medio de una mina; pero luego han reconquistado las dos primeras y la mitad de la ter-

cera; en los Vosgos han rechazado varios ataques dirigidos por los alemanes contra Reichacker Kopf; y en la Lorena han ocupado el pueblo de Embemnil.

Los alemanes, después de confirmar la toma de Neuve Chapelle por los ingleses y de confesar el fracaso de su tentativa para recuperar esta población, de lo que hubieron de desistir ante la superioridad numérica del enemigo, dicen que han rechazado los posteriores ataques de las fuerzas británicas

4.000 prisioneros, tres cañones y 10 ametralladoras; los alemanes han obtenido importantes victorias al Noroeste de Ostrolenka y al Noroeste de Praszynsz, habiendo hecho en este último punto algunos progresos; en Polonia los rusos han tenido que evacuar varias avanzadas, puntos de apoyo y campos atrincherados; en Galizia han perdido la población de Gorlice y algunas trincheras que han quedado en poder de los austriacos; y en los Cárpatos estos últimos han rechazado numerosos ataques y tomado fuertes posiciones, consolidándose en ellas.

Según los rusos: ha sido contenida la ofensiva alemana en la orilla izquierda del Vístula; han sido rechazados con grandes pérdidas los alemanes en la región comprendida entre Mlawa y Plock; ante un avance ruso al Norte de Ossowiec, los alemanes se han visto obligados a replegarse en dirección a la Prusia Oriental; los rusos han rechazado varios ataques de los alemanes en la Galizia oriental y de los austriacos en los Cárpatos, y en esta última región han desalojado al enemigo de algunas trincheras que éste les había tomado y han realizado vigorosos contraataques que les han permitido apoderarse de dos pueblos, haciendo más de 4.000 prisioneros y cogiendo numeroso material de guerra y una ambulancia.

Del Cáucaso llegan muy pocas noticias; parece, sin embargo, que los rusos han conseguido allí algu-

nas victorias sobre los turcos, ocupando importantes posiciones en la región de Transchorock y progresando en la región litoral del mar Negro. Los turcos se atribuyen una victoria en las inmediaciones de Astwin, en donde dicen que rechazaron algunos ataques rusos y se apoderaron de las posiciones que éstos ocupaban.

Continúa la escuadra anglo-francesa bombardeando los Dardanelos, parte de ella directamente, desde el interior del estrecho, y parte indirectamente, desde el golfo de Saros y por encima de la península de Gallípoli. Según los partes del Almirantazgo inglés, son varios los fuertes hasta ahora destruidos y muchas las baterías cuyos fuegos han apagado los



Caíd moro y capellán castrense, escoltados por cazadores de Africa, que se encaminan a la línea de combate para ejercer su ministerio y animar a los combatientes. (De fotografía de M. Rol.)

en las inmediaciones de aquella posición y al Sur de Iprés; que en este punto han atacado con éxito favorable; que han obtenido una importante victoria cerca de Souain; que han perdido y recuperado luego algunas trincheras al Norte de Mesnil; y que han rechazado todos los ataques de los franceses en la Champaña.

El resumen de las últimas operaciones en el teatro de la guerra del Este puede hacerse en los siguientes términos:

Según los austro-alemanes: han sido rechazados los ataques de los rusos para forzar el camino al Sur de Augustow, teniendo aquéllos que retirarse a marchas forzadas hacia Grodno con pérdida de



Llegada al Cairo de un tren que conduce a las tropas australianas vencedoras de los turcos en Egipto

cañones de los buques aliados, y además se han limpiado de minas considerables extensiones, lo que permite a la escuadra internarse cada día más en el estrecho; y añaden esas partes que hasta el presente estas operaciones han costado muy pocas bajas y que ningún barco ha sufrido averías.

Las noticias de Constantinopla rebajan mucho la importancia de los éxitos que se atribuyen los aliados y afirman que las baterías turcas han hundido tres buques dragaminas y han causado averías de bastante consideración en los acorazados enemigos.

Al mismo tiempo que la flota anglo-francesa bombardea los Dardanelos, la escuadra rusa del Mar Negro ha bombardeado algunos puertos turcos de aquel litoral, habiendo reducido al silencio algunas baterías, destruido varios edificios y echado a pique algunos vapores y otras embarcaciones.



Llegada al Cairo de un convoy de prisioneros turcos. (De fotografías de R. Parrondo.)



JUEGO DE MANOS, cuadro de José Llaneces



JUEGO DE AJEDREZ, cuadro de José Lláneces

SS. MM. LOS REYES D. ALFONSO XIII Y D.^a VICTORIA EN SEVILLA. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

Durante su estancia en Sevilla, SS. MM. los Reyes D. Alfonso y D.^a Victoria han presidido la inauguración de la barriada obrera del Real Patronato.

A las once de la mañana salieron del Alcázar las augustas personas, a quienes acompañaban la duquesa de San Carlos, el marqués de la Torrecilla, el duque de Santo Mauro, el conde del Grove y el general Aranda, y se dirigieron a la Huerta del Fraile en donde se ha construido la barriada, siendo allí recibidos por el ministro de Gracia y Justicia, el elemento oficial, numerosas damas de la aristocracia, los vocales del Real Patronato, los miembros del Instituto de Reformas Sociales presididos por el Dr. Pulido, los vocales de la Sociedad del Fomento de la Propiedad de Barcelona presididos por el Sr. Junoy, el filántropo D. José Pastor que ha donado 100.000 pesetas para la construcción de la barriada, diputados, senadores, representantes de corporaciones y otras distinguidas personalidades.

Al llegar los Reyes fueron vitoreados con entusiasmo y seguidamente pasaron a ocupar la tribuna, sentándose a sus lados la infanta D.^a Beatriz, la princesa de Salm-Salm, los infantes D. Alfonso y D. Carlos y el príncipe Raniero.

El cardenal Almaraz bendijo las casas y el marqués de la Vega Inclán pronunció un discurso exponiendo los trabajos



Sevilla. - Inauguración del barrio obrero. Obreros ofreciendo ramos de flores a SS. MM. D. Alfonso XIII y D.^a Victoria

Gobierno la cooperación que se ha prestado a la obra y anunció que el Gobierno se propone subvencionar la construcción de escuelas en la barriada obrera, añadiendo que debe tomarse el ejemplo que da el Rey para extender por todas partes esta obra social. Terminó el ministro su discurso con un párrafo brillantísimo en el que dijo que la fiesta que se estaba celebrando significaba el beso de amor que da la Realeza sobre la frente del proletariado.

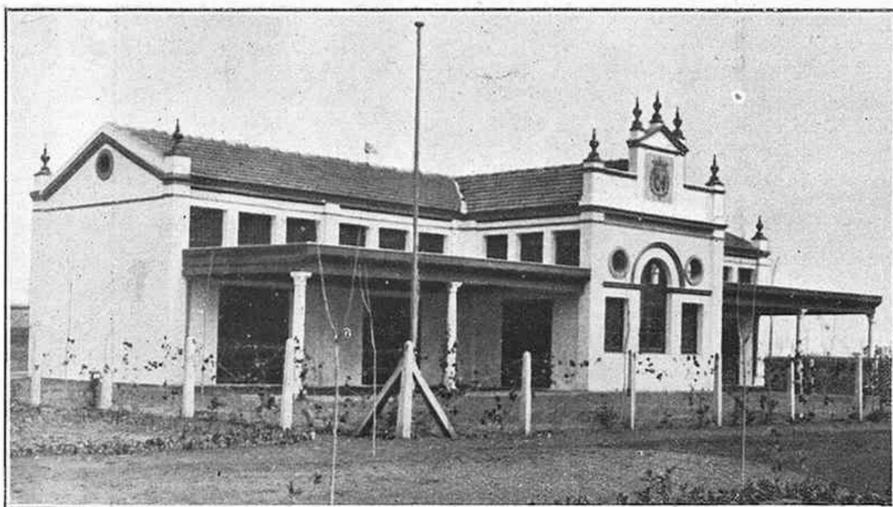
rácter de un homenaje al poeta Rodrigo Caro. El presidente de la Diputación provincial, Dr. Rodríguez Jurado, agradeció a SS. MM. su asistencia, ensalzó la memoria de Rodrigo Caro e invitó al monarca a descubrir la lápida dedicada al poeta. Esta lápida es de mármol y contiene el busto de Caro y los primeros versos de su célebre oda: «Estos, Fabio, ¡ay! dolor, que ves ahora...», etc., etc.

Terminada la ceremonia, la Real familia pasó al anfiteatro,

en el último tercio del siglo XVI y primero del XVII y escribió, entre otras, la tan conocida y celebrada composición dedicada a las ruinas.

En la Casa Romana esperaban a SS. MM. el cardenal Almaraz, el presidente de la Diputación provincial, el capitán general de la región, la Comisión provincial de Monumentos con su vicepresidente Sr. Gestoso y Pérez, otras autoridades y varios invitados.

Las Reales personas y su séquito pasaron a la sala principal de la Casa Romana, en donde se habían dispuesto algunos sillones y tapices, y en seguida comenzó el acto, dando lectura el Sr. Gestoso a un interesante discurso explicando los esfuerzos que se realizan para descubrir los tesoros que existen en el anfiteatro, elogiando a la Diputación provincial por haber costeado la Casa Romana y manifestando que el acto que se celebraba tenía principalmente el carácter de un homenaje al poeta Rodrigo Caro.



Edificio destinado a escuelas del barrio obrero



Casas que forman la nueva barriada obrera

realizados por el Real Patronato. El alcalde, en nombre de Sevilla, agradeció al Rey el cariño que demuestra por aquella población, añadiendo que el problema de la vivienda en la ciudad presenta grandes dificultades que sólo podrán vencerse con obras como la debida a la iniciativa del Rey.

El Dr. Pulido, en representación del Instituto de Reformas sociales, hizo el elogio de la obra transcendental que se ha realizado. El Sr. Junoy, después de agradecer en nombre de la ciudad de Barcelona la invitación que le había hecho Su Majestad, cantó un himno al trabajo y a la paz, añadiendo que Cataluña quiere el engrandecimiento de la patria fundiéndose con las demás regiones para el bien y la gloria de España.

El ministro de Gracia y Justicia agradeció en nombre del

Terminada la ceremonia SS. MM. visitaron algunas casas de la nueva barriada siendo aclamados calurosamente por los obreros que obsequiaron a la Reina, y a las demás augustas damas que la acompañaban, con ramos de flores.

Las casas que componen la barriada son en número de cuarenta; además se ha construido un hermoso edificio escuela que ha sido costeado por el marqués de Yanduri.

Al retirarse las Reales personas fueron despedidas en medio de un delirante entusiasmo.

Al día siguiente SS. MM. y AA. efectuaron una excursión a las famosas ruinas de Itálica en donde presidieron la inauguración de la Casa Romana, construída junto al anfiteatro, y el acto de descubrir la lápida en aquella colocada en homenaje al poeta Rodrigo Caro, el insigne vate sevillano que floreció

percorrió las galerías subterráneas y admiró los nuevos descubrimientos realizados en las famosas ruinas; después fué obsequiada con un *lunch*.

SS. MM. regresaron a Sevilla siendo saludados con vítores y aclamaciones entusiastas.



Visita de SS. MM. a las ruinas de Itálica e inauguración de la Casa Romana
Vista exterior de la Casa Romana



SS. MM. presenciando las excavaciones que se efectúan en el Circo Romano

LA NIANIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Dournof atrajo a sí a la niña y la besó con ternura...

- Irá usted, si quiere, replicó el presidente; por mi parte, no iré.

- ¡Mi padre va!, exclamó Mariana próxima a llorar.

- Su padre va como ministro de la Justicia, y no como viudo de un año. Pero vaya usted con su padre, no me opongo.

- ¿Por qué?... empezó a objetar Mariana.

- Me parece, replicó Dournof, que no me toca a mí el decirselo a usted.

Se levantó y salió del comedor.

Mariana, ya consolada, se fué por su lado a casa de la modista a encargarse un vestido azul pálido, «que a la luz artificial parece gris», decía ella.

Dournof, aunque cada vez más contrariado por los caprichos mundanos de su mujer, había cesado de afligirse por ellos; una cólera sorda, siempre reprimida, pero nunca aniquilada, despertaba en él a cada una de sus nuevas ocurrencias; pero si su amor propio de esposo se sentía mortificado, su corazón ya no sufría; tenía un consuelo que, a excepción de la Niania, nadie le conocía.

A la hora matinal en que Mariana dormía su mejor sueño, entre ocho y diez, la Niania y el niño hacían su aparición en el despacho de Dournof. La gran pieza algo sombría había cesado de ser triste.

En el rincón reservado a Mariana y que ésta nunca había ocupado, una pila de juguetes, cuidadosa-

mente cubiertos con un tapete durante el día, era derribada todas las mañanas.

Al entrar, Sergio, oculto entre las cortinas, gritaba; «¡Cucú!» El padre dejaba entonces su trabajo, fuese cual fuese, y se sentaba en la alfombra, delante de la Niania.

Allí, entre aquellos dos corazones amantes, Sergio había aprendido a sostener sus piecitos carnosos; allí había dado sus primeros pasos, para ir a caer riendo en los brazos extendidos del padre, cuyo corazón palpitaba de miedo y de alegría.

Nadie sabía los mudos pensamientos cambiados entre Dournof y la vieja criada, mientras la tierna criatura aprendía a hablar bajo su dirección.

Nadie sospechó tampoco la profundidad de la emoción que el célebre presidente Dournof experimentó el día en que Sergio, levantando por primera vez los ojos encima del canapé, vió el retrato de Antonina, y la señaló con su dedito, diciendo:

— ¡Mamá!

Nadie supo que Dournof levantó a su hijo en brazos y lo acercó al retrato diciéndole que lo besara, mientras la Niania, bruscamente turbada en su impasibilidad espartana, se cubría con el delantal su arrugado rostro, por el que rodaban lágrimas irreprimibles: nadie tampoco vió a Dournof inclinarse hacia la criada y besarla respetuosamente en su vieja frente amarilla, en que dejó caer también una lágrima, mientras que Sergio, asombrado, los acariciaba a los dos con sus manitas satinadas, a fin de consolar su pena.

— No es mamá, dijo al fin Dournof, es una tiíta a quien no verás nunca.

— ¿Por qué?, preguntó el niño.

— Está en el cielo.

El niño tenía del cielo una idea muy vaga; sin embargo, desde entonces, la Niania le hizo añadir en su oración: «Mi tía Antonina que está en el cielo.»

No temía que la señora Dournof preguntase nunca de dónde provenía aquella adición poco litúrgica; la madre no asistía nunca al acto de acostar al niño, y mucho menos al de levantarse.

La gran alegría de Dournof era su Sergio.

Su hija Sofía era demasiado joven para compartir aquellas diversiones; la veía todos los días, pero una criatura de pocos meses es poco interesante en comparación con un muchacho de tres años; Sergio reumía para Dournof los goces paternales, hasta que viniese a duplicarlos la aparición en su despacho de una niña que ya supiese charlar y sostenerse de pie.

Aquel año, el mes de febrero era muy frío: los constipados, dengues y bronquitis se multiplicaban en la ciudad con las fiebres contagiosas; pero Mariana parecía invulnerable; se pasaba los días yendo y viniendo de casa de la florista a la de la modista, y de ésta a casa del zapatero, como si no hubiese tenido un mal vestido que ponerse. Mariana estaba atareadísima en dejar el luto.

Llegó el famoso día del baile.

Hacia más de una semana que la señora Dournof, después del servicio fúnebre del primer aniversario de la muerte de su madre, había matizado hábilmente sus trajes a fin de no chocar con demasiada brusquedad las miradas de su esposo. Trabajo inútil, porque él no la miraba. Encontraba que Sergio tenía un poco de fiebre por las noches y por las mañanas, y como aquella ligera indisposición le pareciese precursora de un trastorno más grave, no pensaba ya en otra cosa.

Mientras que, en la tarde del día indicado, Mariana, se probaba delante del espejo la mar de seda azul que representaba su vestido, Dournof entró en el cuarto de los niños.

Sofía, sentada sobre una vasta alfombra, jugaba con unas muñecas; pero Sergio, con una mejilla encarnada y la otra pálida, sentado en su butaquita delante de unas estampas que no miraba, parecía enfermo y amodorrado.

La Niania se acercó al padre.

— He mandado en busca del médico, dijo la vieja; me parece que el niño está enfermo.

Dournof hizo una señal con la cabeza y levantó a Sergio en brazos. El niño no opuso resistencia alguna y apoyó su cabeza ardiente en el hombro de su padre. Éste escuchó la respiración penosa del enfermito y lo tuvo así hasta la llegada del doctor, que no tardó.

— Esto será una enfermedad de la infancia, declaró el doctor. Mañana sabremos lo que es... Quizas esta noche.

Encargó que tuviera al niño bien arropado y prometió volver aquella noche misma.

A cosa de las diez, antes de partir para el baile, Mariana entró en el cuarto de los niños para ver a su hijo. La vasta habitación, blanca y clara, se hallaba oscurecida por las espesas cortinas corridas delante de puertas y ventanas; el quinqué ardía en un rincón delante de las imágenes, y otra lamparilla puesta sobre una mesa, cerca de la cama de Sergio, estaba protegida por una pantalla de porcelana blanca. La entrada de la señora Dournof en aquel cuarto recogido hizo levantar la cabeza a la Niania que, medio adormecida en una silla, velaba al niño enfermo.

El crujir de la seda sobre el suelo, el brillo de la tela formando mil pliegues y el de los diamantes que Mariana llevaba en la cabeza, cuello y brazos, todo esto concordaba tan poco con la respiración

cada vez más dificultosa del pobre niño, que la vieja no pudo reprimir un movimiento de sorpresa indignada.

— ¿Está mejor?, preguntó Mariana en voz baja inclinándose sobre la cuna.

— No, señora, no: no está mejor, contestó la Niania en voz breve.

Mariana, emocionada, puso la mano sobre la abrasada frente de su hijo, que se agitó y abrió los ojos. La miró un instante sin reconocerla, volvió luego la cabeza y buscó el sueño. No conocía a aquella señora: nunca había visto a su madre en traje de baile.

Mariana retiró su mano; su guante ardía como la pobre frente dolorida del niño; la apoyó sobre el mármol de la mesa para recobrar la frescura.

— ¡Qué caliente está!, exclamó. ¿Ha vuelto el médico?

— No, contestó la Niania.

Mariana miró a su alrededor; un buen instinto la impulsaba a ser útil, a hacer algo por su hijo enfermo. Pero ignoraba todo lo relativo a la maternidad.

— ¿Qué podría yo hacer por él?, preguntó con una especie de inquietud nerviosa de ser llamada a una misión para la cual no se sentía preparada.

— Nada, absolutamente nada, señora, contestó la vieja. Nos arreglamos muy bien solos.

Mariana se sintió ofendida por esta contestación, aunque no había nada en ella destinado a mortificarla. Con un movimiento lleno de altivez, se dirigió hacia la cama de su hija; su falda larga y pesada arrastraba por el suelo; el ruido hizo abrir los ojos a Sergio; una tos ronca lo sacudió violentamente; se agitó y tendió con desesperación los brazos. La Niania lo cogió, le puso la cabeza sobre su hombro, lo calmó y volvió a acostarlo al cabo de un momento.

Mariana miraba aquella escena, y algo de doloroso le mordía cruelmente en el corazón; Sergio hubiera debido tender los brazos hacia ella. Pero ¿iba a estar celosa de una criada? Rechazando este pensamiento extraño, apartó las cortinas de la cuna de Sofía...

La cuna estaba vacía.

— ¿Dónde está mi hija?, preguntó en tono de mal humor.

Todas aquellas impresiones nuevas y desagradables le hacían subir a la cabeza una especie de cólera.

— El señorito mandó trasladarla a otra habitación, a fin de que, si el niño tiene una enfermedad contagiosa, su hermanita sea preservada.

Mariana bajó la cabeza, pero no para ocultar su humillación; se recogió para saborear su cólera.

— ¡Cómo! ¿Se permitían tales cambios en su casa sin consultarla, sin enterarla siquiera? Su esposo debería haberla prevenido.

Recordó que, desde la caída de la tarde, Dournof había entrado dos veces en su cuarto; pero entonces no estaba sola; la modista de vestidos, la de sombreros o el peluquero se habían encontrado siempre allí para impedir una conversación seria. Durante la comida, habían tenido convidados; ¿cuándo el marido hubiera podido hablar confidencialmente con su mujer? Mariana irguió la cabeza.

— ¡Qué ocurrencia!, dijo en un tono seco. Sofía va a constiparse en una habitación de otra temperatura que ésta, a la cual no la han acostumbrado. Vaya usted a buscar a la nodriza y a la niña, que vengan aquí.

La Niania permaneció inmóvil.

— ¿Y bien?, dijo Mariana en voz todavía más breve.

La vieja no hizo ademán de moverse.

— ¿Y bien?, repitió la señora Dournof pateando.

— El señorito no lo ha mandado, contestó la Niania sin levantar los ojos.

Mariana se arrancó los guantes y los arrojó al suelo con un gesto de furor.

— ¿No soy ya dueña de mi casa?, dijo. Tú, miserable criada, ¿te atreves a hacerme frente?

— No le hago frente, señora, contestó fríamente la Niania; obedezco las órdenes de mi amo.

La puerta se abrió bruscamente y entró Dournof.

— ¿Qué hay?, dijo al ver el rostro descompuesto de Mariana y los labios rígidamente apretados de la vieja criada.

— ¡Esa mujer se niega a obedecerme!, dijo con esfuerzo la señora Dournof, a través de sus dientes apretados por la rabia.

— ¿Qué ordena usted pues?, preguntó el marido, más emocionado de lo que quería parecerlo.

Hacia tiempo que le parecía inevitable un conflicto entre aquellas dos mujeres; lo sorprendente era que no hubiese estallado antes. Esperó la respuesta con ansiedad.

— La señora quiere que vuelvan a traer a Sofía a este cuarto.

— ¿Por qué?, preguntó el padre, dirigiéndose a Mariana.

— Porque..., porque no me gusta que se den aquí órdenes sin mi participación, porque no quiero ser tratada como una extraña en mi casa, porque... quiero que se me consulte sobre todo lo que aquí pasa.

Dournof miró a su mujer con más compasión que cólera.

— ¿Iba usted al baile?, le dijo sin contestarle.

Mariana le miró sorprendida.

— Iba usted al baile, repitió él; su padre la espera abajo, en el coche. Hablaremos de esto más tarde.

Mariana dió un paso y permaneció indecisa. Un momento, su conciencia estuvo a punto de vencer; tuvo ganas de decir: «Me quedo», mas una mirada dirigida a su traje la hizo cambiar de parecer. Pero vió a su marido tan serio, que tuvo miedo; ¿de qué? Ella misma no lo sabía. Una singular mezcla de cólera, de miedo, de obstinación y de vanidad mundana agitaba su alma frívola. Estaba descontenta de todo, y sobre todo de sí misma.

— Buenas noches, dijo pasando entre la cama de Sergio y su marido.

— Buenas noches, contestó éste en un tono lleno de tristeza.

En el momento de apartar ella las cortinas para salir, una tos espantosa, ronca, gutural como el llamamiento de alguien que se ahoga, la detuvo en el umbral. Sergio luchaba contra su nueva crisis. Mariana volvió la cabeza por encima del hombro para mirar lo que pasaba en el cuarto. El padre y la Niania, entre los dos, trataban de calmar al niño y de hacerle tomar una poción. Mariana comprendió que no hacía falta cerca de aquella cuna, y salió.

Delante de su casa su coche se cruzó con otro: era el doctor que venía a hacer la visita prometida.

XXVII

En el baile, Mariana no tardó en olvidar las penosas emociones que acababa de sentir; era de las que sólo piensan en la hora presente, y la hora presente estaba llena de encantos.

Su luto, al tenerla apartada de la sociedad mundana, la había obligado a cuidarse un poco; su maravillosa frescura, el brillo que su reciente cólera daba a sus ojos, el gusto perfecto que dominaba en su traje, todo contribuía a dar a su reaparición en el gran mundo el brillo de una solemnidad. Así es que se vió en seguida rodeada de una multitud de hombres encantados de su hermosura y de su gracia inimitable.

Aquellos homenajes, aquellos cumplidos contrastaban de una manera muy extraña con el tono severo de su marido, con la insolencia disfrazada de la Niania: puesto que todo el mundo, a excepción de estos dos seres que tenían la pretensión de erigirse en jueces para condenarla, todo el mundo la encontraba encantadora, ¿no tenía razón todo el mundo? Se abandonó a este pensamiento consolador, y encantó más que nunca a los que la rodeaban. Sobre todo a un joven marqués italiano, que le fué presentado aquella noche y que se declaró desde luego su galán y le hizo juramento de fidelidad.

En medio de tanto ruido y de tantas satisfacciones vanidosas, Mariana pensaba de vez en cuando en el cuarto de sus hijos; los golpes de aquella tos extraña que habían herido sus oídos en el umbral, volvían de vez en cuando a su memoria; a cosa de la una de la madrugada, experimentó de pronto un cansancio profundo, un hastío de lo que la rodeaba, y pidió su coche.

— ¿Por qué te retiras tan pronto?, le preguntó su padre, sorprendido de su moderación, cuando siempre se mostraba ávida de placeres.

— Sergio está enfermo, contestó brevemente.

Su padre la miró con asombro.

— ¡No me habías dicho nada!, dijo en tono de reconvención.

La portezuela del coche se cerró tras ellos: Mariana se precipitó en los brazos de su padre y rompió a llorar.

— Soy una miserable, dijo con vehemencia, una mala madre, una... Mi hijo está muy enfermo, apenas he dejado el luto de mi madre, y no he podido resistir al deseo de ver la sociedad... ¡no merezco vivir!

Su padre procuró calmarla y probarle que era menos culpable de lo que ella creía. En el fondo, no podía suponer que el niño estuviese muy enfermo, porque Mariana, con seguridad, no lo hubiera dejado, si realmente hubiese estado en peligro.

Al llegar a casa de Dournof, el Sr. Merof quiso subir para enterarse del estado del niño. En el umbral del cuarto del enfermito, la tos desgarradora hirió sus oídos; Merof se detuvo sobrecogido de terror

y de un doloroso recuerdo: conocía muy bien la terrible enfermedad que le había arrebatado dos hijos.

— ¡El crup!, murmuró en voz baja.

Mariana se precipitó en el cuarto, dejando la puerta abierta; la falda de su vestido se enganchó en una silla y la derribó al suelo con un ruido que hizo estremecer a Dournof, pero no hizo caso de ello y se precipitó sobre la cuna gritando:

— ¡Sergio, hijo mío!

Merof entró tras ella, levantó la silla y cerró la puerta.

— Sí, dijo Dournof en voz baja. ¡Su hijo de usted va a morir del crup y usted viene del baile!

Mariana, arrodillada, sollozaba con la cabeza entre las manos. Su marido la miraba con más desprecio que compasión.

— ¡Oh! ¡Dios mío!, gritaba Mariana retorciéndose las manos, ¡qué castigo! ¿Qué he hecho yo para ser castigada de este modo?... ¡Mi hijo!... ¡Mi pobre hijo!...

Sus manos nerviosas y trémulas apartaban las cortinas de la cuna; Dournof la cogió por un brazo y la obligó a levantarse.

— Retírese usted a sus habitaciones, le dijo en tono firme.

— ¡Quiero cuidar a mi hijo!, exclamó Mariana agarrándose a la cuna.

Dournof puso su ancha mano sobre el hombro de su mujer.

— Vaya usted a cambiar de traje, dijo en tono imperioso. ¿No le da a usted vergüenza arrastrar aquí esos trapos?..

Mariana salió, aplastada bajo el peso de esta reconvencción. Su padre la siguió después de haber cambiado algunas palabras con su yerno. Su voz fué severa y sus consejos austeros; si Mariana hubiese sido accesible a alguna autoridad, hubiera comprendido y obedecido... Pero su alma superficial no era de las que se dejan hacer una impresión duradera.

Una hora después, volvió al cuarto del niño vestida de una simple bata, resuelta al parecer a reemplazar a Dournof en su dolorosa vela. Éste, lleno de piedad por aquel buen movimiento de un alma débil y extraviada, dejó que se instalase a la cabecera del enfermo; pero Sergio se negó a ir a sus brazos, rehusó la poción de su mano, y no quiso aceptarla sino de manos de su padre o de la Niania.

Mariana, después de haber vertido abundantes lágrimas, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, se retiró sobre el canapé que ocupaba un ángulo del cuarto y no tardó en dormirse. Los accesos de tos de Sergio la despertaban con sobresalto; ella se precipitaba, alocada, vacilante, y volvía a desplomarse; con los brazos caídos, desalentada, para dormirse otra vez...

Hacia las cinco de la mañana, Dournof se acercó a ella.

— El niño está mejor, dijo; vaya usted a acostarse y procure dormir.

Ella se levantó maquinalmente y obedeció. Su marido la miró alejarse.

— ¡Pobre criatura!, dijo en voz baja; Dios no la creó para la lucha...

— No es nuestra Antonina..., murmuró la Niania.

Dournof puso un dedo sobre sus labios.

— Antonina era demasiado perfecta, dijo al cabo de un momento, inclinándose hacia su hijo.

— No es nuestra Antonina, repuso la Niania, la que hubiera ido al baile, dejando a su hijo enfermo. Tu mujer no es buena.

— Es la madre de mi hijo, contestó Dournof, y volvió a ocupar su puesto junto a la cuna.

XXVIII

El niño permaneció tres días entre la vida y la muerte, y, durante aquel tiempo, ni la Niania ni Dournof pensaron en sí mismos. Cada dos o tres horas, Mariana entraba en el cuarto de su hijo, pedía en voz baja noticias del enfermito, lo despertaba casi infaliblemente, y se dejaba caer luego sobre el canapé, prorrumpiendo en lágrimas. Cuando había agotado este recurso de los infelices, salía para volver a su saloncito o para ir a dar un paseo, a fin de calmar la tensión de sus nervios.

Mientras se esperaba ansiosamente una mejoría que no se declaraba, Mariana perseguía un proyecto esbozado durante sus horas de soledad.

Hasta entonces, gracias a la estoica indiferencia de la vieja criada por todo lo que no era su amo o no pertenecía a éste, y gracias también a la ligereza de carácter de la señora Dournof, no se había producido ninguna colisión entre estas dos mujeres. La Niania, respetada por los criados, porque la protegía el amo, tenía tan poco roce con Mariana, que había sido necesaria una circunstancia particular para

poner de manifiesto la supremacía de la vieja criada en la casa. Pero Mariana había abierto los ojos, y ya no había de escaparle nada de lo que había dejado de ver.

Vió que la Niania lo ordenaba todo, lo vigilaba todo, la reemplazaba en el gobierno de la casa como la suplantaba en el corazón de su hijo; así es que concibió una profunda enemistad contra la vieja.

Aprovechando un momento en que Sergio dormía, entró en el despacho en que su marido, tendido sobre el canapé, tomaba un poco de reposo.

A su vista, se sentó; aquella visita no le presagiaba nada bueno. A su gran sorpresa, Mariana le habló con ternura.

— Amigo mío, le dijo, me parece que Sergio está mejor.

Dournof hizo un gesto afirmativo.

— En lo sucesivo, añadió ella, creo que podremos velarlo nosotros mismos.

Su marido la miró sin contestar.

— Hemos hecho mal, continuó Mariana, en no vigilar nuestros hijos de más cerca, y también en permitir que una criada tomase tanta autoridad en la casa.

— ¡Habla usted de la Niania!, interrumpió Dournof.

— Naturalmente. Se cree aquí reina y señora; eso no puede continuar.

Dournof se quedó pensativo. Durante años había temido aquel momento, pero había acabado por pensar que Mariana no notaría el puesto que la vieja ocupaba en la casa. Sin la enfermedad de Sergio, quizá nunca hubieran penetrado en el espíritu de la señora Dournof los celos que ahora la guiaban.

— Le haremos una pequeña pensión, y vamos a despedirla, ¿verdad, amigo mío?, insistió Mariana con aquella dulzura encantadora que había seducido a Dournof.

— Sergio no está fuera de peligro, contestó éste.

— No hablo de despedirla en seguida, sino dentro de algunos días...

— ¿Para darle las gracias por haber salvado la vida del niño?, dijo irónicamente Dournof. Tiene usted una manera muy original de manifestar su gratitud.

Mariana bajó la cabeza; por nada de este mundo hubiera querido pasar por una persona ingrata o caprichosa, no por hipocresía, sino porque su dignidad femenina le imponía la dulzura y la bondad so pena de desmerecer.

Al levantar los ojos, buscando argumento, su mirada encontró el retrato de Antonina, que nunca había visto.

— ¿Qué es esto?, preguntó, trémula, adivinando la contestación que iba a seguir.

Dournof siguió su mirada y vaciló. Le costaba trabajo revelar así el secreto de su herida a la mujer frívola que llevaba su nombre. Pero era preciso contestar.

— Es la señorita Karzof, respondió secamente.

— ¡Ah!, dijo Mariana volviendo desdeñosamente la cabeza, no era bonita.

Dournof reprimió un movimiento; pero no contestó. Se había blindado contra todos aquellos ataques jurando no ceder.

— Y bien, repuso Mariana, ¿despedimos a la Niania?

— No, contestó el esposo.

— ¿Y si yo quiero?

— Usted no puede quererlo, replicó Dournof, sería una injusticia.

— Una injusticia, ¿y por qué?

— Porque esa mujer no ha hecho nada para merecer que la despidan, porque le debemos la vida de Sergio, y porque... se detuvo, temblando de emoción contenida, quiero que permanezca aquí y esto debe bastar.

— Y yo, replicó Mariana en un arrebato de violenta cólera, quiero que parta.

Dournof sentóse firmemente a su bufete y empezó a poner papeles en orden, como si quisiese reanudar su trabajo.

Mariana lo miró, quiso hablar, se mordió los labios y salió vivamente del despacho.

¡Qué hogar el suyo! Una mujer fantástica e irreflexiva, mala a veces a fuerza de ligereza, era la compañera de toda su existencia.

Recordó entonces la vida que antiguamente había soñado. Cuando hacía castillos en el aire, en la época en que Antonina vivía apartada de él, pero para él, se había arreglado mentalmente un nido de amor, y allí se refugiaba cada vez que tenía una hora de libertad para pensar en el porvenir.

El piso era pequeño y estaba sencillamente amueblado; un quinqué tranquilo alumbraba la mesa; reinaba en torno una semiobscuridad. Un niño dormía en una cuna y otro dormitaba en la falda de Anto-

nina: Antonina, madre y nodriza, que no cedía a ninguna otra mujer las caricias y las sonrisas de sus hijos. El trabajo era largo y penoso, apenas asegurado el pan del día siguiente; pero Dournof, detenido por una dificultad imprevista, interrogaba en voz baja al alma querida que respondía a la suya, y aquella otra existencia, tan recta y más pura, le inspiraba el honor y la verdad.

¡Qué sueño desvanecido! ¡Y qué contraste con la realidad! Exhaló un suspiro, echó el sillón atrás y se levantó para ir a ver a su hijo.

La puerta se abrió otra vez, y apareció la Niania en el umbral.

Las rígidas facciones de la vieja llevaban impreso un dolor irremediable; sus manos apretadas una contra otra parecían pedir clemencia. Se acercó a Dournof y se prosternó a sus pies.

— ¡Perdona, perdona, amo mío!, dijo con voz ahogada, mientras que él la levantaba. No puedo soportar esto.

— ¿Qué hay?, preguntó el presidente.

— ¡Tu mujer me ha despedido! Pero yo no puedo vivir separada del niño, separada de ti, amo mío, tú lo sabes...

Calló, balanceó dos o tres veces el cuerpo y apretándose la frente con sus arrugadas manos, repuso:

— Desde que nuestra Antonina abandonó este mundo, no he querido servir ni querer a nadie más que a ti, bien lo sabes ¿verdad? Entonces ¿cómo quieres que me vaya? ¿Adónde quieres que vaya? Y al pobre niño, que aun corre tan grave peligro, ¿quién le va a cuidar?

¿Qué contestar a esto? Dournof cogió las manos de su humilde amiga.

— Consuélate, Niania, dijo, nada he olvidado. Yo arreglaré eso. ¿Dónde está la señora?

— En el cuarto de Sergio; me echó de la cabecera de la cuna. El pobre angelito se puso a llorar, y ella lo riñó...

Dournof no oyó más, y corrió como un loco al cuarto de su hijo.

Sergio lloraba todavía; pero sus lágrimas, detenidas por la severa reprensión de su madre, no rodaban ya por sus demacradas mejillas; de vez en cuando se le escapaba un sollozo convulsivo, y encendía una febril rubicundez en su pálido rostro. Mariana, de pie, de espaldas a la puerta, medía la poción del enfermito.

— Mariana, dijo Dournof con voz tan amenazadora que la señora se estremeció y dejó caer la cuchara; Mariana, aquí no está usted en su puesto; vaya a divertirse; la Niania y yo velaremos al niño.

— ¡Niania!, gritó Sergio con quejumbroso acento, ¡mi Niania!

Atemorizada por la mirada de su marido, Mariana se dirigió hacia la puerta; su marido se apartó para dejarla pasar, y, cuando ella hubo salido, llamó a la vieja criada que se había quedado en el despacho.

— Estáte aquí, le dijo; por tu vida me respondes de la vida de mi hijo.

Sin contestar, la Niania volvió a ocupar su puesto, y, momentos después, calmado por sus palabras o solamente por el sonido de su voz amiga, Sergio se entregó a un apacible sueño.

XXIX

La convalecencia del niño fué larga y peligrosa; las recaídas se sucedían y ponían a cada momento su existencia en peligro; finalmente, en los primeros días del buen tiempo, Sergio pudo salir durante las horas cálidas del día. Sofia, su hermanita, preservada de la terrible enfermedad, crecía muy hermosa, fresca y robusta.

Después de su infructuosa tentativa para despedir a la vieja criada, Mariana no ponía los pies en el cuarto de su hijo; había hecho instalar definitivamente la niña a su lado, y mostraba para con ésta una preferencia muy marcada. A los que se asombraban de ello, contestaba:

— Los manejos de una vieja criada me han quitado el corazón de mi hijo; no quiero que suceda lo mismo con mi hija.

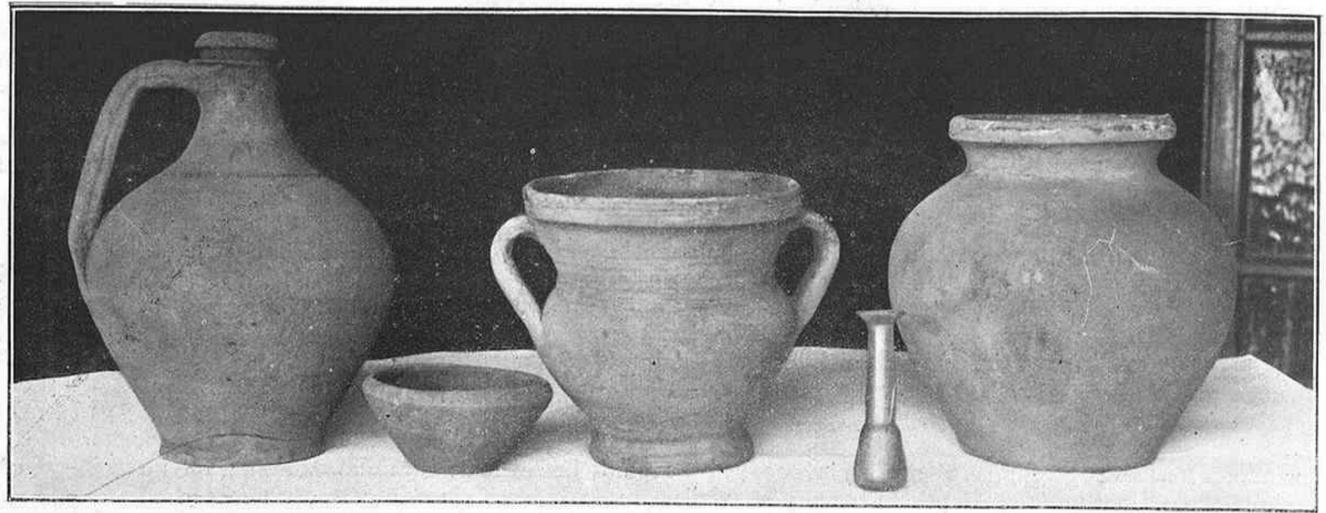
Aquel papel de madre sacrificada era tanto más conmovedor en Mariana, cuanto que ésta lo desempeñaba con gran naturalidad, pues se creía verdaderamente víctima de una abominable coalición. Se la vió en el Jardín de Verano pasearse durante horas, seguida de la nodriza, que llevaba a Sofia en brazos; allí la encontraba regularmente el joven marqués italiano, y sus conversaciones eran largas y animadas. La sociedad se rió un poco de ello; la señora Dournof pasaba por una loca, pero honrada, y a nadie alarmó su capricho italiano.

(Se continuará.)

DESCUBRIMIENTO DE UNA NECRÓPOLIS PAGANA EN RASA DI VELATE (ITALIA). (Fotografías de Argus.)



El Dr. Vitaliano Tonta, director de las excavaciones que se efectúan por su cuenta.



Lacrimatorio, ánforas y jarros encontrados en las tumbas

Que la ciudad de Varese y sus alrededores, admirables por la belleza de sus colinas, la elegancia de sus quintas de recreo y la industriosa e inteligente laboriosidad de sus habitantes, encierran numerosos e importantes vestigios de la antigüedad más remota, es cosa que actualmente se halla fuera de toda duda. Si de ello no nos diesen testimonio las memorias de los historiadores, aun siendo fragmentarias e incompletas, nos lo demostrarían los muchos e interesantes descubrimientos arqueológicos que en todo aquel territorio se han realizado en diversas ocasiones.

Los orígenes de la ciudad, capital de aquella región interesantísima, son de los que, como suele decirse apelando a una frase hecha pero en el caso presente no menos conforme con la realidad, se pierden en la noche de los tiempos; noche obscurísima cuyo velo no bastan a rasgar las inducciones de aquellos etimologistas que, infatigados por su afán de querer deducirlo todo del céltico, quisieron ver un parentesco con aquellos pueblos lejanos, ya que el nombre de Varese lo mismo pudo derivarse de la sencilla palabra *War*, guerra y guardia, que de la más democrática *Var*, que significa agua.

Pero al presente, la teoría de las derivaciones del céltico es conceptuada por los arqueólogos y por los historiadores como un sistema ingenioso, sí, pero demasiado cómodo para salir del paso con una desenvoltura muchas veces visible y hasta ridícula.

Dejemos, sin embargo, a un lado a los celtas, que algunos quieren presentar como los progenitores de casi todas las poblaciones de la Italia septentrional, en su zona prealpina, y limitémonos a recordar que de los antiguos habitantes han llegado hasta nosotros muchos e importantes documentos por los cuales se demuestra la existencia en aquellos territorios de aquellas gentes a quienes la necesidad o la forma primordial de su civilización obligó a la vida lacustre.

En los pequeños lagos de que está cubierta la región varesina y que forman con los de la alta Brianza una cadena secundaria, situada detrás de la otra cadena mayor de los lagos lombardos, se han encontrado gran número de estacas, de restos de embarcaciones talladas en toscos troncos de las vecinas selvas, de utensilios de uso doméstico, de cacharros de empleo más o menos calificado, pero todos demostrativos de la presencia del hombre en un régimen de vida sedentaria, de armas de la más remota edad de la piedra, todos los cuales objetos pueden verse y

estudiarse en los museos de Varese y de Como, y en el que, dando pruebas de gran desprendimiento, la familia Ponti abrió en una de aquellas isletas junto a la cual se efectuaron los descubrimientos.

Más importantes y también necesariamente más numerosos son los objetos

de la edad romana que desde hace tiempo se descubrieron, y entre los cuales pueden citarse una estatua de Júpiter que se ve en el atrio de una casa llamada Ghirlanda; dos memorias de soldados de la tercera legión escita, que se conservan en la iglesia de Morazzone; otra memoria de Quinzano, custodio del templo de la Fortuna y arúspice, que se guarda en el altar de la iglesia campestre de Venezono; un ara votiva por la salud de Memnia Proca, y varias figuritas, ánforas, aras votivas y expiatorias, urnas sepulcrales y epígrafes conmemorativos de familias varesinas, como los Albuizio, los Menomios, los Celios, los Severos, los Celios, los Calpurrinos, los Canianos y los Valerios.

Todos estos hallazgos demuestran que aquella región corrió la misma suerte

que el resto de Italia, pasando de la autonomía de los primitivos habitantes al yugo de la férrea, pero bienhechora, ley de Roma.

Muy recientemente nuevos e importantísimos descubrimientos han puesto a luz toda una vasta necrópolis de la época romana. Todavía no puede afirmarse qué conclusiones podrán deducirse de este descubrimiento, relacionándolo con todo cuanto se conoce ya respecto a la historia más remota de aquella región. Las autoridades que han visitado estos hallazgos y que han sido el Dr. Patroni,

superintendente gubernativo de las excavaciones de Lombardía; el conde de Ancora, subprefecto de Varese; el abogado Angel de Pavia, diputado de Varese; el comendador Castelfranco, director de las excavaciones; el profesor Nicodemi, inspector de las excavaciones; el ingeniero Felipe Visconti, el alcalde de Velate y otros, han demostrado gran interés por las excavaciones practicadas; y del estudio de tantas y tan competentes personalidades seguramente saldrán nuevas e importantes deducciones referentes, si no a la cultura y civilización romanas, por lo menos a la historia de la Insubria.

Esos descubrimientos se han realizado en la localidad llamada de la Rasa, a pocos kilómetros de Varese, habiéndose abierto ya unas veinte tumbas, de inhumaciones unas y de cremaciones otras. Casi todas tienen un revestimiento de piedra roja y en algunas también el fondo está cubierto de estas piedras. En las tumbas de inhumación y



Tumba de inhumaciones con algunos vasos para ofrendas que los romanos colocaban junto a los cadáveres al proceder a su sepelio



Tumba de cremación con un jarro en su interior. A la izquierda, puesta de canto, se ve la piedra que la cubría

biéndose abierto ya unas veinte tumbas, de inhumaciones unas y de cremaciones otras. Casi todas tienen un revestimiento de piedra roja y en algunas también el fondo está cubierto de estas piedras. En las tumbas de inhumación y

cerca de ellas se encontraron numerosos vasos y ánforas de distintas formas y de construcción sólida y regular, así como varias monedas de bronce, una grande del tiempo de Adriano (117-138 después de Jesucristo) y otras pequeñas de Valente (364-368), de Constantino Magno (306-337), de Probo (276-282), etcétera. También se encontraron restos de armas y en nichos dispuestos junto al sitio en donde descansaba la cabeza del cadáver, tazas para unguentos, lacrimatorios de vidrio y otros objetos análogos. En las tumbas de cremación se hallaron residuos de carbón vegetal.

Los objetos de barro cocido están fabricados con una tierra rojizo-amarillenta, parecen de factura local y permiten reconocer una técnica bastante adelantada que busca la gracia en las líneas.

Los vasos, de distintas capacidades, tienen formas diversas, unos con asas y otros sin ellas, y en general tienen una orla bien dibujada.

Son notables también los objetos de hierro; algunos clavos parecen haber servido para pesados zuecos de madera; hay, además, puntas de lanza, espuelas de hierro, algunas pequeñas sortijas de bronce, dos brazaletes también de bronce, hebillas, etcétera.

Los primeros descubrimientos se efectuaron el 26 de enero último y fueron debidos a la casualidad: unos labriegos que estaban arrancando un castaño, pusieron al descubierto dos tumbas arqueológicas, en una de las cuales había una urna con sesenta monedas casi enteramente oxidadas.

No eran cosa nueva los hallazgos de esta clase en aquel territorio, puesto que ya en 1901 y en 1908 se encontraron allí mismo algunas tumbas que hicieron pensar en la existencia de una necrópolis; pero aquellas tumbas fueron destruidas, y el contenido de las mismas se perdió en su casi totalidad, habiéndose conservado únicamente una lamparilla y algunos jarros que fueron adquiridos por el profesor Ludovico Paggiagli y por éste donados al Museo del Sacro Monte, y un pequeño vaso y un arma que recogió el Sr. Bianchi, de Varese.

De los últimos descubrimientos dióse cuenta en seguida al citado señor Bianchi y al Dr. Vitaliano Tonta, quien se hizo el propósito de proseguir por su cuenta las excavaciones y con los materiales que en éstas recogiese formar un museo en la Rasa di Velate, destinando los productos de la entrada en el mismo al sostenimiento de un asilo que en aquella población fundó su difunto padre Francisco Tonta. Tal es el fin benéfico que se propone el Dr. Tonta, el cual, en vez de dedicar su tiempo al merecido descanso, ha preferido saborear el goce de un trabajo que ha de redundar en pro de la ciencia y del bienestar del país en donde aquél reside.

Pero el Dr. Tonta persigue, al mismo tiempo, otro objeto no menos digno de alabanza al continuar las pesquisas arqueológicas que quiere llevar hasta hacer todo lo posible para que reaparezca en toda su belleza y pueda ser estudiada

por los hombres de ciencia la necrópolis pagana cuyo emplazamiento y cuya orientación exacta ha conseguido precisar; y este objeto es dar trabajo remunerado a los numerosos habitantes de la comarca que, acostumbrados a expatriarse para ganarse la vida en el extranjero, se encuentran este año imposibilitados de abandonar sus hogares a causa de la guerra.

La filantrópica

conducta del Dr. Tonta, pensando en los demás en una época tan calamitosa como la presente, en que la generalidad de las gentes se preocupan más de sí mismas que de sus semejantes, y practicando la caridad en una forma que no es de limosna, sino de recompensa del trabajo y asociándola a una obra eminentemente científica, ha merecido los mayores elogios de los principales periódicos italianos.

Los grabados que en ésta y en la anterior página publicamos y que reproducen una de las tumbas descubiertas y varios de los objetos de barro y de metal

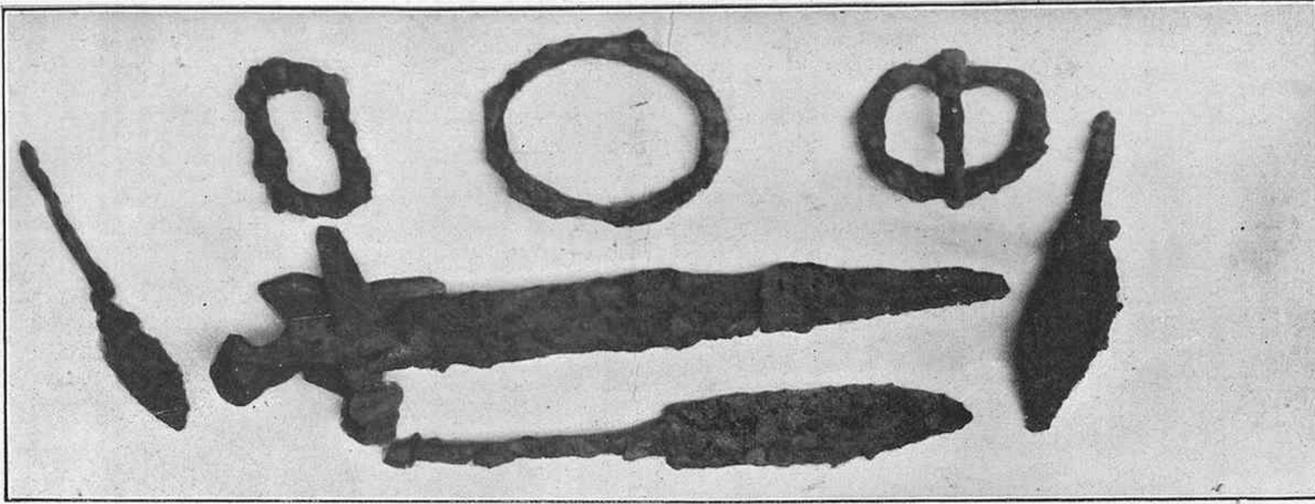
en ellas encontrados, dan perfecta idea de la importancia que para la ciencia arqueológica tienen los descubrimientos llevados a cabo en Rasa di Velate.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN por autores o editores

LOS AMIGOS, LOS AMANTES Y LA MUJER, por Gabriel Miró. — Once narraciones comprende este volumen y tratándose de un autor que, aunque joven, se ha conquistado un puesto eminente en las letras castellanas, ocioso es decir que todas ellas están admirablemente pensadas y hermosamente escritas, y en todas se manifiesta en su plenitud la personalidad del Sr. Miró, que a un profundo espíritu de observación y a un gran conocimiento del corazón humano une un elevado sentimiento poético y un estilo castizo y elegante esmaltado de bellísimos pensamientos. Un tomo de 162 páginas que forma parte de la Colección Diamante editada en Barcelona por Antonio López; precio 50 céntimos.

NARRACIONES, por Rafael Calzada. — En el prólogo de Salvador Rueda que encabeza este tomo dice el eminente poeta hablando del autor, Sr. Calzada: «El autor de este libro, sano de cuerpo, sano de mente, amplio de tórax como si él fuese un glorioso escudo de batalla, lanza su grito de rebelión contra todo lo que tienda a desnaturalizar la vida. Quijote de flamante cuño, Caballero de esa religión de todos los hombres que tiene su base en una clara concepción de los verdaderos fines de la vida, toca a somatén golpeando en su escudo y culminando su acero, que es pluma victoriosa.» No cabe hacer más justo elogio del libro y del autor ni emitir mejor juicio que el que aquellas líneas encierran; así es que, por nuestra parte, sólo diremos que *Narraciones* son una serie de cuentos y apólogos en los que, a la bondad de la idea que entrañan se juntan el interés del argumento y la sencillez y elegancia del lenguaje. Un tomo de 290 páginas, con el retrato del autor y numerosas ilustraciones de Apelles Mestres, Vaamonde, Peláez, Rojas, Hohmann, Friedrich, Eusebi y otros, impreso en Buenos Aires en el establecimiento gráfico Robles y C.^a



Cuchillos, fragmentos de lanza y hebillas encontrados en las excavaciones

**Jabón HENO
de PRAVIA**

Este heno huele
mejor que el que
á mi me dan

Ehrmann

MELILLA. - LA JURA DE BANDERAS. (De fotografías de Lázaro.)



El general Villalba tomando el juramento a los reclutas

Recientemente se ha efectuado en Melilla la Jura de la Bandera por los nuevos reclutas, habiendo presenciado la solemne ceremonia, que se celebró en Rostrogordo, un público numerosísimo, en el que abundaban las damas y señoritas luciendo elegantes trajes.

En el campo de la Jura quedó formado el cuadro, constituido por la división al mando del general Aizpuru que se componía de tres brigadas a las órdenes de los generales Villalba y Friderich y del comandante principal de artillería Sr. Souza.

Las fuerzas vestían guerrera de paño, pantalón kaki con polaina, salacof y zapato y correaje avellana.

Poco antes de las diez, presentóse el Comandante general de Melilla, general Jordana, acompañado de un brillante Estado mayor, que fué recibido con los honores correspondientes, y revistó todas las fuerzas saludando a su paso a los oficiales y las banderas.

Terminada la revista, el teniente vicario Sr. Matilla dijo una misa de campaña en un altar artísticamente dispuesto y adornado con trofeos militares y guirnaldas de flores, en el que estaba colocada una imagen de la Purísima. Una batería del grupo montado hizo las salvas de ordenanza durante el acto de la elevación.

Seguidamente se procedió a la Jura de la bandera con el ceremonial de rúbrica, pronunciando con voz potente y enérgica las frases sacramentales el general Villalba y santificando la promesa el teniente vicario. Los nuevos reclutas, poseídos de verdadera emoción, contestaron con un sí entusiasta; después, los de cada cuerpo besaron la cruz formada por la espada y la bandera.

El acto terminó con el desfile que resultó brillantísimo. El general Jordana situóse a un lado de la carretera con su Estado mayor y su escolta, y a sus lados se colocó el público.

El desfile se efectuó por el orden siguiente:

Regimiento de San Fernando; en columna, con la compañía veterana en cabeza.

Comandancia de Artillería; en columna, con la fuerza veterana en cabeza y por el siguiente orden: plaza, parque móvil y grupo montado.

Reclutas del Regimiento de Artillería de Montaña, en columna.

Regimiento mixto de Ingenieros; en columna con la compañía veterana en cabeza.

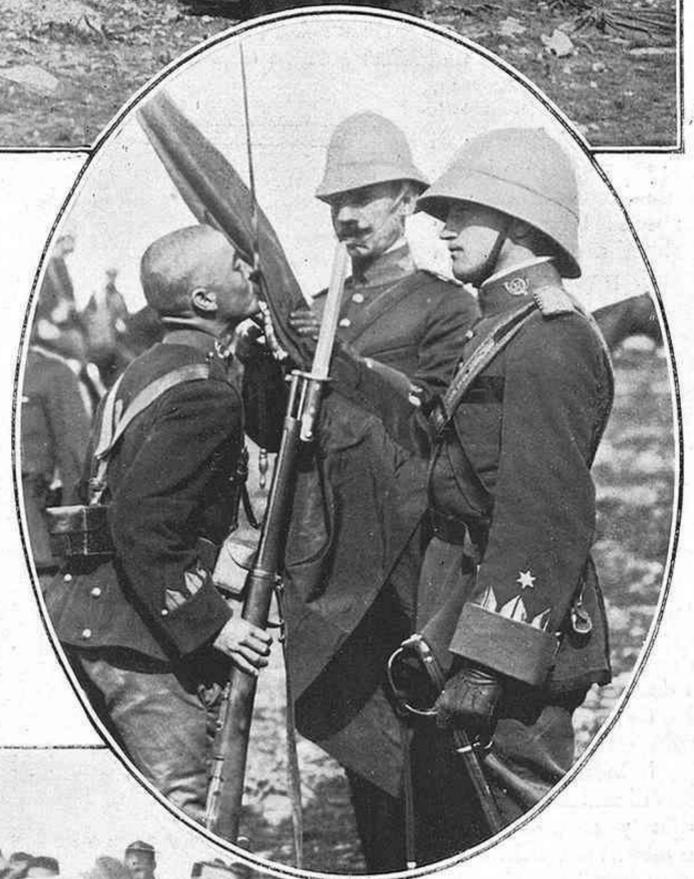
Brigada disciplinaria; en línea.

Reclutas de Alcántara y Taxdirt; en columna.

Depósito de ganado; en línea.

Comandancia de tropas de Intendencia de Campaña; en columna.

Comandancia de tropas de Intendencia de Plaza; en línea.



Recluta besando la bandera



Reunión de policías indígenas con motivo de la Jura de Banderas. - Moros gitanos bailando después de la comida

Compañía mixta de Sanidad Militar y Ambulancia de Montaña número 2; en columna.

Infantería del Tabor y Policía indígena; en columna.

Regimiento de Artillería de Montaña; en columna de baterías.

Grupo Montado; en columna de baterías y al trote.

Regimientos de Caballería de Alcántara y Taxdirt,

reclutas por el coronel del regimiento y el Canto a la Bandera. El de la Brigada disciplinaria es un folleto a varias tintas, en cuya portada se destacan fotografados de la Intendencia y del acto de la Jura; en el interior hay las fotografías de S. M. el Rey, del Ministro de la Guerra, del Comandante general de Melilla, del general Subinspector y del Teniente coronel de la brigada, el Canto a la Bandera y la alocución a los reclutas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN